

Elogio del párpado
o ventanas para el tiempo en el cuarto propio conectado

Remedios Zafra

*Lo terrorífico del animal de ojos duros y de mirada seca es que ve todo el tiempo.*¹

Jacques Derrida

-----Desde los espacios conectados hoy pareciera que todas las formas verbales buscaran el gerundio de un presente continuo, un directo (Twitter), estar “pasando”, online, instante. Como si el presente fuera criterio preferente para “ver” en el exceso de datos, como si sólo aspirando a esa instantaneidad se pudiera tener vigencia en un mundo especialmente acelerado por la tecnología y su “ahora”. Ciertamente, estas dinámicas del gerundio que caracterizan los medios y muy especialmente la Red, conviven con su potencia de archivo y como tal de memoria y “pasado”. Pero es el presente el que singulariza su época, hablándonos del instante mismo de la pronunciación, de poder acceder al otro en primera persona (garantizando un “yo” que se pronuncia), de facilitar el acceso a una información inmediata -antes restringida por el espacio y las distancias físicas-, de hacerla pública en el mismo momento de su producción. De forma, que la sincronía extrema refuerza la primacía de lo último, lo que acaba de producirse, lo que está siendo pronunciado y deriva en la visibilización desbordante de ahora.

Como tendencia, el palpito de un riesgo que ya advertíamos hace unas décadas: la subyugación del tiempo para pensar, la preeminencia de la velocidad y de lo sincrónico frente a lo reflexionado, a la crítica necesariamente profunda y matizada. Como efecto, la concentración puesta constantemente en suspenso por una recepción dispersa. De hecho, la idea de “recepción en estado de distracción” forma parte de una historia reciente (aún en vigor) sobre la que Benjamin, entre otros, basaba el análisis de la subjetividad moderna.

(R)esulta significativo que a finales del siglo veinte, la actual crisis social de desintegración subjetiva esté siendo diagnosticada metafóricamente como una deficiencia de la capacidad de “atención”².
Jonathan Crary

Sucumbir a este estado parece sólo compatible con la idealización del presente inmediato como primera alternativa, como resguardo de “alguna vida” ante un futuro nunca asegurado. Acaso el presente dejado reposar sea ya pasado inútil y baldío; acaso en la apropiación de lo espontáneo creyéramos llevarnos

¹ DERRIDA, J., *Cómo no hablar y otros textos*, Proyecto A, Barcelona, 1997.

² Crary, J., *Suspensiones de la percepción. Atención, espectáculo y cultura moderna*. Akal, Barcelona, 2008, p. 11.

un instante mismo y auténtico de vida, como si no fuera lo dicho sino lo que “se está diciendo” lo que más importa. Acaso nadie garantizara un “después de”.

_____-----La ausencia de tiempo para pensar derivada de la primacía de esta revalorización del presente último, encuentra sus mejores aliados en la velocidad y el exceso de información. La saturación de datos e imágenes con que llenamos nuestro tiempo en nuestros cuartos propios conectados quiere (y puede) aniquilar el espacio vacío requerido para una toma de conciencia, para la dotación de sentido y la crítica de aquello que hacemos, pero también su posibilidad de “pérdida”, de “tiempo vacío” o de juego: esa ventana, esa nube, ese rostro... Pareciera entonces derivarnos hacia la ansiedad como inercia de época.

Pero este proceso no es nuevo salvo en su intensificación, pues fue iniciado hace décadas. De hecho, McLuhan ya advertía que la velocidad eléctrica instaría la inhabilitación del tiempo y espacio de pensamiento, aquel requerido para tomar conciencia del efecto de algo antes de que acontezca lo siguiente. Bourdieu³ y especialmente Derrida⁴ consideraban a los media como responsables de la aceleración de los más fulgurantes cambios sociales, promoviendo una nueva *temporalidad de la técnica* indisociable de la velocidad de los procesos políticos y económicos contemporáneos. Ambos coincidían igualmente en una de sus contrapartidas: esta velocidad propicia la pérdida de la distancia necesaria para una actitud crítica (aquella, por otro lado, necesaria frente a la sumisión de nuestras herencias y frente al poder de contagio de los imaginarios simbólicos).

La clave de esta relación se encuentra en que esta celeridad (que singulariza especialmente a los medios audiovisuales unidireccionales, no en este caso a Internet), esta celeridad, les decía, es parcial, en tanto no viene dada solamente por la mera saturación de imágenes y noticias, sino por el efecto simbólico de las mismas, es decir, porque refuerzan ideas que ya estaban en nosotros, “dan por hecho” que lo que comunican no tiene por qué ser cuestionado. De forma que aluden a un *saber*, no ya a una memoria presente y activa (más propia de la lectura y de algunas formas de navegación por la red), sino a emociones, identificaciones y proyecciones, es decir, aluden a pasado. Y resisten la velocidad porque se sustentan en ideas preconcebidas, las únicas que no necesitan tiempo para configurarse (porque ya estaban en nosotros), como los tópicos, los pensamientos que conforman las identidades estereotipadas y simbólicas. De ahí que la velocidad contribuya a asentar valores ya establecidos y propicie intercambios a menudo epidérmicos, únicos compatibles con el acelerador pancapitalista. Esta cuestión contribuiría además a una revalorización de los clichés identitarios en los medios, tal como apuntaba en “industrias para un yo real y un nosotros ligero”.

³ BOURDIEU, P., *Sobre la televisión*. Anagrama, Barcelona, 1997.

⁴ DERRIDA, J. y STIEGLER, B., *Ecografías de la televisión*. Eudeba, Buenos Aires, 1998.

_____-----Como respuesta en el cuarto propio conectado no necesitamos, no especialmente, lágrimas para mojar los ojos y llorar resignados y victimistas por lo que “no podemos”, sino párpados para poder airear y “cerrar los ojos”. Y créanme que nunca esta proclama ha sido más revolucionaria que hoy, puesto que cerrar los ojos no significaría en este contexto resignarse (mirar hacia otro lado), o dejar de ver. Muy al contrario significaría tomar partido por la construcción de nuestras vidas en las pantallas. Aprender a saber cerrar los ojos supondría una interpelación del tiempo propio y el pensamiento interior no sólo más allá de la memoria, sino también más allá de la presión del “instante”. De forma que al obturar la mirada logremos convertir un paisaje recargado, que ya hace tiempo dejamos de ver, en un paisaje de sonidos, sensaciones y palabras, donde estar conectados no nos fagocite como masa acrítica y conforme rendida a lo último. Sino que nos permita descubrir la oportunidad para la creatividad e imaginación de la gestión propia y compartida con otros, para el posicionamiento que no siempre está de moda, para la lentitud que desacelera el presente, que le devuelve su distancia crítica y su posibilidad imaginativa y de sueño (abrir y cerrar los párpados).

_____-----Hay no obstante algo de paradójico en esta característica de época cuando la situamos en el cuarto propio conectado. Pues si bien el cuarto propio en su conexión se vale de las dinámicas extremas del gerundio, es también un lugar transgresor donde habita la posibilidad de neutralizar esa dispersión del exceso, el instante y la velocidad. Me refiero especialmente a la concentración viable en los espacios de intimidad, allí donde podemos regular nuestra atención y nuestros párpados. Porque lo inquietante de el cuarto propio conectado es que en él convergen diferentes formas de recepción más allá de la lógica del consumo visual e informativo, y que en esa diversidad, la reflexión, la concentración y “el tiempo vacío” sí serían potencialmente viables. Y serían viables porque podríamos intervenirlos excediendo el mero papel de mirones resignados, usuarios-masa, convirtiendo nuestro cuarto propio en un lugar también para el tiempo propio. Ya Derrida advirtió un carácter revolucionario de la red al plantear frente al poder del capital una rebelión de las pantallas de ordenador a través de Internet. Si a la pantalla en red unimos el distanciamiento crítico y el espacio público-privado generado por el cuarto propio conectado y su potencial para la concentración y la alianza con los otros, la capacidad política es transgresora.

...-...--- Entretanto, habituados a los ojos duros de las pantallas, a convivir con las cámaras propias y ajenas, móviles que registran cada instante de nuestra vida; a los satélites con grandes ojos de metal y lentes que ven desde muy lejos, perdimos de vista la regulación de la máquina de visión más cercana, más nosotros: el ojo. El ojo frente a un arrogante exceso, que parece llenar todos los vacíos. Su *horror vacui* posmoderno se vuelve intrusivo y traumático. Nos cuesta “dejar de ver”, frente a uno de los logros de la óptica moderna: valernos de ojos calibrados que nos permitieron prescindir de aquello que dificultaba e interrumpía la visión “constante”, no sólo elementos simbólicos, sino también fisiológicos como el parpadeo.

*(L) a libertad sigue siendo siempre esa visión, ese silencio en el que resuenan todas las voces. Es siempre la atención la que crea el tiempo, la que gana tiempo, de modo que todas estas voces hablen claramente una detrás de otra.*⁵ Paul Ricoeur

+++-.---- Allí donde el espacio físico concentra y la red dispersa, opera un juego de potencialidades para el sujeto y para nuestras posibilidades vitales alrededor de la pantalla. Incluso cuando las colectividades parecen más desactivadas políticamente que nunca, cuando lo político ya no está de moda, el cuarto propio nos obliga a una posición política, aquella que nos permita llegar a la autonomía, antes que al “autismo”; al distanciamiento crítico necesario para un *yo y nosotros* como proyecto, mediante asociaciones -más o menos duraderas- que operen como formas de emancipación, como fructífera contaminación de diferencia, como tal *electiva* (más que inclusiva). Claro que ese distanciamiento no acontece sin más. No es cosa fácil. Nos exige apropiarnos de nuestro tiempo más allá del espejismo de su plena disposición en el cuarto propio conectado. Esa autogestión del tiempo propio no debe obviar que el tiempo “tiene párpado”. Fíjense. Y que incluso es capaz de hacernos mirar para adentro, no sólo para pensar, también para imaginar lo posible, cruzar y destruir puertas y ventanas. La razón de esta posibilidad es muy simple, no se trata solamente de la crítica que podamos hacer a la vida en el cuarto propio conectado, sino de la crítica que la vida en el cuarto propio conectado puede hacer sobre todo lo exterior a ella.

⁵ Paul Ricoeur. Citado en Crary, J., op. cit.